

Ana DE MIGUEL: *Neoliberalismo sexual: el mito de la libre elección*. Madrid, Ed. Cátedra, 2015; pp. 351.



Vivimos en un neoliberalismo económico que ha impregnado todos los ámbitos de nuestra sociedad, incluyendo nuestras relaciones personales, especialmente las de género, que son las que aquí nos conciernen. No ha sido en vano, pues, el título que precede a esta obra de la filósofa Ana de Miguel, que aborda la temática específica del neoliberalismo sexual, tesis con la que defiende que, contra las ideas que pretenden vendernos, no se ha alcanzado en absoluto la igualdad de género, lo que implica que tampoco existe una libertad real, y que en la toma de decisiones de hombres y mujeres y especialmente en la de estas últimas, nos hallamos imbuídos de la ideología neoliberal que invisibiliza las desigualdades, las refuerza y las perpetúa. Eso es lo que Ana de Miguel denomina el mito de la libre elección, que constituye un acertado subtítulo para explicar lo que expone en su obra.

La obra está dividida en tres bloques con sus correspondientes capítulos y sus respectivos epígrafes. Los títulos de cada bloque son bastante ilustrativos en lo que respecta a las ideas generales expuestas por la autora, que dice así en su primera parte: ¿Dónde estamos? Desigualdad y consentimiento, seguida de su segunda parte así titulada ¿De dónde venimos y cómo los hemos hecho? Finalizando con un tercer bloque a modo de conclusión *Hacia dónde queremos ir: Mujeres y hombres juntos*.

La sólida argumentación que posee este libro de Ana de Miguel no puede ser pasada por alto por los negacionistas del patriarcado en el mundo occidental. Sostiene la autora que mientras que existen patriarcados de coacción, donde la violencia contra las mujeres es visible, en cambio, en la sociedad occidental existe un patriarcado del consentimiento que invisibiliza y naturaliza la desigualdad. El patriarcado occidental, por tanto, ha vivido un rearme y se sustenta a través de la afirmación de que ya hay igualdad y de que el feminismo resulta innecesario. Este cuenta con diversos dispositivos y mecanismos de control que favorecen la violencia contra las mujeres a la par que se tornan invisibles hechos que no son coactivos pero que sí perjudican a la mitad de la población.

En la aparente igualdad, las mujeres cobran menos que los hombres, la tasa de paro femenina está duplicada, alrededor de una mujer a la semana es asesinada por su pareja o ex pareja desde que se tiene constancia en las estadísticas, las niñas siguen siendo sometidas con pocos días de vida a la marca de género -es decir, la perforación en las orejas- práctica que se sigue haciendo contra su voluntad y pasando inadvertida como una tradición más sin aparentemente

ninguna objeción, siendo un claro dispositivo simbólico y material de la diferencia sexual. Por otra parte, la práctica patrilineal en la que el primer apellido es del padre sigue vigente, y contra todo pronóstico, se ha vuelto al esencialismo del rosa y el azul, reproduciéndose la ideología de que hombres y mujeres son diferentes biológicamente, reforzando la diferencia en la socialización de niños y niñas amparada por la Ciencia, e ignorando el hecho de que el ser humano es un ser biopsicosocial, y, por tanto, rechazando que la cultura de masas ejerza influencia alguna en las decisiones de niños y niñas, y de hombres y mujeres.

Las mujeres siguen adoptando el rol de cuidadoras, y siguen siendo quienes abandonan sus empleos para cuidar de sus hijos, hechos que se asumen con total naturalidad, y se interpretan como libre elección de las mujeres, perpetuándose así la división sexual del trabajo. También es el amor romántico el centro de la vida de las mujeres, y donde estas se realizan como tales, incluso aceptando cierta dosis de violencia interpretada como una muestra de amor, mientras que para los varones, el amor es tan solo una parte de sus vidas y la presión social por hallar pareja es totalmente asimétrica.

El androcentrismo cultural, la tiranía de la belleza, la ley del agrado y la necesidad construida de aprobación masculina, junto al culto al cuerpo, el control de sus acciones y movimientos en espacios públicos con su respectiva eliminación de la completa autonomía debido al miedo a ser atacadas y/o humilladas, la vuelta de roles y estereotipos y los arquetipos dualistas femeninos de mujer-madre-hija y mujer-puta, la cosificación sexual, el silencio y la aceptación del privilegio de los hombres al acceso de los cuerpos de las mujeres, que pueden ser consumidores del sexo con completa complicidad e ignorancia a través de una mirada velada, constituyen un rearme del patriarcado de consentimiento occidental.

Así mismo, la prostitución, que es uno de los elementos que operan en la contribución de la existencia del patriarcado, es para Ana De Miguel una escuela de desigualdad humana, y el reducto patriarcal donde la masculinidad más sórdida y misógina se reproduce. Es en los burdeles, donde los conflictos raciales, ideológicos, religiosos, étnicos y de clase son irrelevantes y todos los hombres están en una situación de superioridad frente a las mujeres. En ellos existe una alianza entre pares; es aquí donde se sucede el pacto patriarcal entre hombres y el intercambio de mujeres, conceptualizadas como las idénticas, mientras que ellos son los iguales, pudiendo ser esta una

muestra de su potencia masculina derivada de la revolución sexual, mostrada a las mujeres como su propia liberación, constituyendo uno de los mayores engaños, siendo esta una revolución sexual, si, pero patriarcal, donde el deseo del varón es lo único que importa, y la demanda de sexo de los hombres en la prostitución es una muestra y búsqueda de poder y humillación de la Otra. No es casualidad, pues, que la trata de mujeres con fines de explotación sexual haya aumentado en países donde supuestamente ya existe la tan aclamada igualdad de género. No en vano se observa que el primer bloque constituye un gran aporte a la teoría feminista, a la sociología y a la filosofía, ejerciendo de una nueva mirada crítica muy necesaria en la actualidad.

En el segundo bloque, De Miguel establece una aproximación al cariz que han ido tomando los nuevos movimientos sociales, caracterizados en la actualidad por ser interclasistas, basados en valores y fines, creando así lo que denomina una comunidad de ideas. Señala que las identidades colectivas y los nuevos sujetos políticos están formados por distintos perfiles socio-políticos, en los que las nuevas clases medias son las que ejercen profesiones vinculadas a los servicios sociales, mientras que los individuos parados, estudiantes, jubilados y de las periferias, son los encargados principales de la militancia y el activismo. Los nuevos movimientos sociales evitan la burocratización y las jerarquías, para, en cambio, organizarse de forma democrática. El cauce que estos nuevos movimientos sociales han tomado, ha sido el descenso de extremismos y un profundo rechazo hacia la violencia. La heterogeneidad y la relación entre grupos más moderados con los más radicales, permite establecer un consenso. Esto tiene como consecuencia positiva la politización de la sociedad civil y sus instituciones.

Con respecto al feminismo, que es conceptualizado actualmente como un movimiento social en auge, conviene que se recuerde su existencia desde sus comienzos. Por ello, De Miguel historiza el feminismo con sus respectivas olas y genealogías y el tipo de activismo que realizaron las feministas, que sirven de acercamiento a los lectores neófitos de esta temática. Este segundo bloque cumple la función explicativa de cuál es nuestra procedencia, que, a su vez, permite entender las consecuencias negativas que han perjudicado a las mujeres a través del ya mentado rearme del patriarcado debido al miedo a la igualdad emergente. La violencia de género, debido a este rearme del patriarcado ha sufrido un nuevo marco de interpretación

en el que la violencia contra las mujeres se naturaliza incluso culpabilizando a las víctimas, justificando así la violencia que reciben. De Miguel recuerda a sus lectores y lectoras que estos hechos ya fueron denunciados por las feministas hace décadas e incluso hace siglo y medio, y constituyeron conquistas socio-jurídicas que actualmente se están tambaleando, culpando al propio feminismo de la violencia contra las mujeres. Recuerda, además, los mitos patriarcales, que si bien fueron superados supuestamente en su momento, estos han vuelto a resurgir debido al patriarcado del consentimiento imperante. El imaginario patriarcal expone que los varones tienen un miedo ancestral a las mujeres, y De Miguel refuta este mito exponiendo que lo que temen los varones es parecerse a las mujeres, lo que no es más que una muestra de misoginia, del miedo a rebajarse y parecerse a un ser inferior.

En el tercer bloque la filósofa pone su atención en la necesidad de redefinir cuál es el sujeto político del feminismo, por tanto, se hace imprescindible teorizar sobre aquello que une a las mujeres. En la actualidad, diversas ramas del feminismo han fragmentado al movimiento debido al juego de sujetos múltiples centrándose en lo que separa a las mujeres, y al juego de la transgresión sexual de las feministas *prosex-work*, que se posiciona a favor de la prostitución como un arma empoderante de las mujeres. Si bien De Miguel no rechaza a los feminismos lesbianos, poscoloniales, transnacionales, etc., por su notoria importancia, hace hincapié en recordar que el sujeto político del feminismo son las mujeres. El feminismo, pues, debe entenderse como una escuela de igualdad, y los neomachismos deben ser combatidos con eficacia, ya que sus argumentos están revestidos de una supuesta igualdad, que ignora deliberadamente la asimetría sexual socio-política, histórica y cultural, que podrían convencer a un individuo no formado en la materia. Por ello la autora es tan contumaz y rigurosa en sus críticas a la teoría queer de Judith Butler y Paul. B Preciado.

La existencia de las mujeres no puede ser negada por la heterogeneidad que estas presentan, sino que dicha heterogeneidad debe ser aceptada, no borrando a las mujeres, sino reconociendo sus historias de vida y diferencias, pero siempre recordando aquello que las une, y armando al feminismo de un verdadero reconocimiento de los problemas que atraviesan las mujeres solo por el hecho de serlo. Nos recuerda esta obra, durante toda su lectura, que las conquistas del pasado –y no tan pasado– pueden ser revertidas, por lo que ha de es-

tarse alerta ante un posible retroceso de derechos perpetrados por el patriarcado del consentimiento, y como este ya no es invisible, sino que está conceptualizado y demostrado con hechos, Ana De Miguel muestra un nuevo camino al movimiento feminista que no debe ser ignorado, sino tomado en cuenta, con el fin de evitar que la violencia naturalizada e invisibilizada contra la mitad de la población sea aceptada sin reparos.

Noelia Felpeto Rodríguez
Universidade da Coruña
e-mail: <jezabel_999@hotmail.es>